

Domingo I Tiempo de Adviento
(Ciclo B) - 2014

- [Textos Litúrgicos](#)
- [Lecturas de la Santa Misa](#)
- [Guión para la Santa Misa](#)

- [Exégesis](#)
- [P. Joseph M. Lagrange, O.P.](#)

- [Comentario Teológico](#)
- [Card. Joseph Ratzinger](#)

- [Santos Padres](#)
- [San Agustín](#)

- [Aplicación](#)
- [Benedicto XVI](#)
- [P. Alfredo Sáenz, S.J.](#)
- [P. Gustavo Pascual I.V.E.](#)

Textos Litúrgicos

Lecturas de la Santa Misa

Domingo I Tiempo de Adviento (B)
(Domingo 30 de noviembre de 2014)

LECTURAS

¡Si rasgaras el cielo y descendieras!

Lectura del libro de Isaías

63, 16b-17. 19b; 64, 2-7

¡Tú, Señor, eres nuestro padre,
«nuestro Redentor» es tu Nombre desde siempre!
¿Por qué, Señor, nos desvías de tus caminos
y endureces nuestros corazones para que dejen de temerte?
¡Vuelve, por amor a tus servidores
y a las tribus de tu herencia!
¡Si rasgaras el cielo y descendieras,
las montañas se disolverían delante de ti!
Cuando hiciste portentos inesperados,
que nadie había escuchado jamás,
ningún oído oyó, ningún ojo vio
a otro Dios, fuera de ti, que hiciera tales cosas
por los que esperan en El.
Tú vas al encuentro de los que practican la justicia
y se acuerdan de tus caminos.
Tú estás irritado, y nosotros hemos pecado,
desde siempre fuimos rebeldes contra ti.
Nos hemos convertido en una cosa impura,
toda nuestra justicia es como un trapo sucio.
Nos hemos marchitado como el follaje
y nuestras culpas nos arrastran como el viento.
No hay nadie que invoque tu Nombre,
nadie que despierte para aferrarse a ti,
porque Tú nos ocultaste tu rostro
y nos pusiste a merced de nuestras culpas.
Pero Tú, Señor, eres nuestro padre;
nosotros somos la arcilla, y Tú, nuestro alfarero:
¡todos somos la obra de tus manos!

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

R. *Restáuranos, Señor del universo.*

Escucha, Pastor de Israel,
Tú que tienes el trono sobre los querubines,
reafirma tu poder
y ven a salvarnos. R.

Vuélvete, Señor de los ejércitos,
observa desde el cielo y mira:
ven a visitar tu vid, la cepa que plantó tu mano,
el retoño que Tú hiciste vigoroso. R.

Que tu mano sostenga al que está a tu derecha, al hombre que Tú fortaleciste,
y nunca nos apartaremos de ti:
devuélvenos la vida e invocaremos tu Nombre. R.

Esperarnos la revelación de nuestro Señor Jesucristo

**Lectura de la primera carta del Apóstol san Pablo
a los cristianos de Corinto**

1, 3-9

Hermanos:

Llegue a ustedes la gracia y la paz que proceden de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. No dejo de dar gracias a Dios por ustedes, por la gracia que Él les ha concedido en Cristo Jesús. En efecto, ustedes han sido colmados en Él con toda clase de riquezas, las de la palabra y las del conocimiento, en la medida que el testimonio de Cristo se arraigó en ustedes. Por eso, mientras esperan la Revelación de nuestro Señor Jesucristo, no les falta ningún don de la gracia. Él los mantendrá firmes hasta el fin, para que sean irreprochables en el día de la Venida de nuestro Señor Jesucristo. Porque Dios es fiel, y Él los llamó a vivir en comunión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

Palabra de Dios.

ALELUIA

Sal 84, 8

Aleluia.

¡Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación! Aleluia.

EVANGELIO

Estén prevenidos, porque no saben cuando llegará el dueño de casa

**Evangelio de nuestro Señor Jesucristo
según san Marcos**

13,33-37

Jesús dijo a sus discípulos:

Tengan cuidado y estén prevenidos, porque no saben cuándo llegará el momento. Será como un hombre que se va de viaje, deja su casa al cuidado de sus servidores, asigna a cada uno su tarea, y recomienda al portero que permanezca en vela.

Estén prevenidos, entonces, porque no saben cuándo llegará el dueño de casa: si al atardecer, a medianoche, al canto del gallo o por la mañana. No sea que llegue de improviso y los encuentre dormidos. Y esto que les digo a ustedes, lo digo a todos: ¡Estén prevenidos!

Palabra del Señor

[Volver Arriba](#)

Guión para la Santa Misa

**Domingo I de Adviento
Año B**

(30 de noviembre 2014)

Entrada:

La espiritualidad del Adviento encamina a los cristianos a profundizar la perspectiva escatológica de la vida, a la vez que prepara a la Iglesia para conmemorar la venida histórica del Redentor. En este tiempo de expectación se nos exhorta a vivir vigilantes y a prepararnos siempre para recibir a Cristo que viene para traernos la salvación.

Primera Lectura:

Dios mismo es el Redentor esperado por el Profeta Isaías quien ora pidiendo que descienda del Cielo para salvarnos.

Segunda Lectura:

Como cristianos esperamos con confianza la revelación de nuestro Señor Jesucristo que tendrá lugar con su segunda venida.

Evangelio:

Cristo nos exhorta a velar y a estar prevenidos por que no sabemos cuándo tendrá lugar la Parusía.

Preces:

Aguardando la feliz esperanza y la venida del Señor, elevemos a Dios nuestras súplicas.

A cada intención respondemos...

* Por el Santo Padre para que su anuncio evangélico y su llamada a la unidad y a la paz de todos los pueblos sea realmente acogida por todos los responsables de las naciones. Oremos...

* Por la Iglesia, comunidad de todos los cristianos, para que como Esposa vigilante esté siempre atenta a recibir de Cristo las promesas de salvación y que éstas sean proclamadas para esperanza de todos los hombres. Oremos...

* Por los enfermos y los tristes, para que en este tiempo de gracia el Señor fortalezca toda debilidad, cure toda dolencia y enjague las lágrimas de todos los rostros. Oremos...

* Por los próximos apostolados que ejercerán los miembros de nuestros Institutos, especialmente por las Misiones, que los hombres de buena voluntad puedan conocer el mensaje de Cristo y lo abracen decididamente. Oremos...

* Por los seminaristas y diáconos que próximamente recibirán el sacramento del Orden para que configurados con Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, puedan anunciar a los hombres el nacimiento del Señor. Oremos...

Oración:

Padre Santo, escucha nuestra oración y derrama sobre nosotros la plenitud de tu misericordia. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Ofertorio:

Preparamos la mesa eucarística para la venida de Cristo que nos alimenta con su Cuerpo y con su Sangre.

Ofrecemos:

Incienso, y con él nuestras preces por todos los cristianos.

Pan y vino, y nuestras acciones de gracias unidas a las que Cristo ofrece al Padre.

Comunión:

“Ven Señor Jesús, ven a visitar tu viña, la cepa que plantó tu mano, el retoño que tú hiciste vigoroso.”

Salida:

María Virgen Madre, celebramos tu excelsa fecundidad que pudo hacer nacer en la tierra al que es del Cielo. Intercede para que consigamos del Señor la definitiva restauración del hombre.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

[Volver Arriba](#)

Exégesis

P. Joseph M. Lagrange, O.P.

Debemos velar en todo tiempo

(Lc 21, 34-35; Mc 13, 33-37; Mt 24, 42) ^[1]

Que el Padre no diera a conocer la hora de la venida del Hijo del hombre era un motivo decisivo para que los discípulos estuviesen siempre alerta a fin de no verse sorprendidos. Jesús insiste sobre el deber de la vigilancia, repitiendo de nuevo y en dos ocasiones que la hora permanece en secreto: «Velad y orad, porque no sabéis cuándo vendrá la hora». Es como el hombre que, yendo lejos, dejó su casa y dio facultad a sus siervos y a cada uno su obra y al portero mandó que velase. Sólo se nombra aquí el portero, porque su oficio propio es velar a fin de abrir pronto, sin hacer esperar al señor. Pero en la aplicación de la parábola, la orden de velar es dada a todos. «Velad, pues, porque no sabéis cuándo el señor de la casa vendrá, si a la tarde, o a la media-noche, o al canto del gallo», última dilación posible, cuando los criados pueden cerciorarse de que el Señor ha recibido hospitalidad en otra parte y que ya no vendrá en aquella noche. Estas expresivas palabras, que son ciertamente

de Jesús, dicen de una manera imaginaria, pero clara, que el Hijo del hombre tal vez tardará mucho en venir.

Entonces, ¿por qué dar este aviso a los discípulos? Cuando el Señor llegue, ya habrá muchos años que los discípulos duerman el sueño de la muerte; por lo cual Jesús termina diciendo: «Lo que a vosotros digo, lo digo a todos», como es un aviso solemne que deberá ser transmitido; y el santo y seña que se transmitirán las generaciones es: «Velad» (Mc 13, 33-37).

El texto de san Lucas indica de algún modo que el aviso, no tanto se dio a los apóstoles, cuanto a las generaciones futuras; son éstas, no los apóstoles, las que correrán riesgo de sentirse atosigadas por las pasiones y preocupaciones de la vida. Recordando, en fin, «aquel día» que san Marcos y san Mateo habían distinguido de la época de la destrucción del Templo, hace expresamente notar que vendrá de repente, caerá sobre ellos de improviso y será universal, porque llegará a todos los que habitan sobre la faz de la tierra y nada importará entonces la estación para la huida. Nadie podrá vanagloriarse de haberse librado de aquella redada. Lo esencial es la vigilancia y la oración para no verse atrapado con los culpables, sino más bien aparecer de pie delante del Hijo del hombre.

P. Joseph M. Lagrange, *Vida de Jesucristo según el evangelio*, Ed. EDIBESA, Madrid, 2000, pp 431-432

[Volver Arriba](#)

Comentario Teológico

Card. Joseph Ratzinger

El sentido del Adviento

«El Adviento y la Navidad han experimentado un incremento de su aspecto externo y festivo profano tal que en el seno de la Iglesia surge de la fe misma una aspiración a un Adviento auténtico: la insuficiencia de ese ánimo festivo por sí sólo se deja sentir, y el objetivo de nuestras aspiraciones es el núcleo del acontecimiento, ese alimento del espíritu fuerte y consistente del que nos queda un reflejo en las palabras piadosas con que nos felicitamos las pascuas. ¿Cuál es ese núcleo de la vivencia del Adviento?

Podemos tomar como punto de partida la palabra «Adviento»; este término no significa «espera», como podría suponerse, sino que es la traducción de la palabra griega *parusía*, que significa «presencia», o mejor dicho, «llegada», es decir, presencia comenzada. En la antigüedad se usaba para designar la presencia de un rey o señor, o también del dios al que se rinde culto y que regala a sus fieles el tiempo de su *parusía*. Es decir, que el Adviento significa la presencia comenzada de Dios mismo. Por eso nos recuerda dos cosas: primero, que la presencia de Dios en el mundo ya ha comenzado, y que él ya está presente de una manera oculta; en segundo lugar, que esa presencia de Dios acaba de comenzar, aún no es total, sino que está en proceso de crecimiento y maduración.

Su presencia ya ha comenzado, y somos nosotros, los creyentes, quienes, por su voluntad, hemos de hacerlo presente en el mundo. Es por medio de nuestra fe, esperanza y amor como él quiere hacer brillar la luz continuamente en la noche del mundo. De modo que las luces que encendamos en las noches oscuras de este invierno serán a la vez consuelo y advertencia: certeza consoladora de que «la luz del mundo» se ha encendido ya en la noche oscura de Belén y ha cambiado la noche del pecado humano en la noche santa del perdón divino; por otra parte, la conciencia de que esta luz solamente puede —y solamente quiere— seguir brillando si es

sostenida por aquellos que, por ser cristianos, continúan a través de los tiempos la obra de Cristo. La luz de Cristo quiere iluminar la noche del mundo a través de la luz que somos nosotros; su presencia ya iniciada ha de seguir creciendo por medio de nosotros. Cuando en la noche santa suene una y otra vez el himno *HodieChristusnatuseset*, debemos recordar que el inicio que se produjo en Belén ha de ser en nosotros inicio permanente, que aquella noche santa es nuevamente un «hoy» cada vez que un hombre permite que la luz del bien haga desaparecer en él las tinieblas del egoísmo (...) el niño - Dios nace allí donde se obra por inspiración del amor del Señor, donde se hace algo más que intercambiar regalos.

Adviento significa presencia de Dios ya comenzada, pero también tan sólo comenzada. Esto implica que el cristiano no mira solamente a lo que ya ha sido y ya ha pasado, sino también a lo que está por venir. En medio de todas las desgracias del mundo tiene la certeza de que la simiente de luz sigue creciendo oculta, hasta que un día el bien triunfará definitivamente y todo le estará sometido: el día que Cristo vuelva. Sabe que la presencia de Dios, que acaba de comenzar, será un día presencia total. Y esta certeza le hace libre, le presta un apoyo definitivo (...).

Alegraos en el Señor

(...) «Alegraos, una vez más os lo digo: alegraos». La alegría es fundamental en el cristianismo, que es por esencia *evangelium*, buena nueva. Y sin embargo es ahí donde el mundo se equivoca, y sale de la Iglesia en nombre de la alegría, pretendiendo que el cristianismo se la arrebatara al hombre con todos sus preceptos y prohibiciones. Ciertamente, la alegría de Cristo no es tan fácil de ver como el placer banal que nace de cualquier diversión. Pero sería falso traducir las palabras: «Alegraos en el Señor» por estas otras: «Alegraos, pero en el Señor», como si en la segunda frase se quisiera recortar lo afirmado en la primera. Significa sencillamente «alegraos en el Señor», ya que el apóstol evidentemente cree que toda verdadera alegría está en el Señor, y que fuera de él no puede haber ninguna. Y de hecho es verdad que toda alegría que se da fuera de él o contra él no satisface, sino que, al contrario, arrastra al hombre a un remolino del que no puede estar verdaderamente contento. Por eso aquí se nos hace saber que la verdadera alegría no llega hasta que no la trae Cristo, y que de lo que se trata en nuestra vida es de aprender a ver y comprender a Cristo, el Dios de la gracia, la luz y la alegría del mundo. Pues nuestra alegría no será auténtica hasta que deje de apoyarse en cosas que pueden sernos arrebatadas y destruidas, y se fundamente en la más íntima profundidad de nuestra existencia, imposible de sernos arrebatada por fuerza alguna del mundo. Y toda pérdida externa debería hacernos avanzar un paso hacia esa intimidad y hacernos más maduros para nuestra vida auténtica.

Así se echa de ver que los dos cuadros laterales del tríptico de Adviento, Juan y María, apuntan al centro, a Cristo, desde el que son comprensibles. Celebrar el Adviento significa, dicho una vez más, despertar a la vida la presencia de Dios oculta en nosotros. Juan y María nos enseñan a hacerlo. Para ello hay que andar un camino de conversión, de alejamiento de lo visible y acercamiento a lo invisible. Andando ese camino somos capaces de ver la maravilla de la gracia y aprendemos que no hay alegría más luminosa para el hombre y para el mundo que la de la gracia, que ha aparecido en Cristo. El mundo no es un conjunto de penas y dolores, toda la angustia que exista en el mundo está amparada por una misericordia amorosa, está dominada y superada por la benevolencia, el perdón y la salvación de Dios. Quien celebre así el Adviento podrá hablar con derecho de la Navidad feliz bienaventurada y llena de gracia. Y conocerá cómo la verdad contenida en la felicitación navideña es algo mucho mayor que ese sentimiento romántico de los que la celebran como una especie de diversión de carnaval».

Estar preparados...

«En el capítulo 13 que Pablo escribió a los cristianos en Roma, dice el Apóstol lo siguiente: "La noche va muy avanzada y se acerca ya el día. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz. Andemos decentemente y como de día, no viviendo en comilonas y borracheras, ni en amancebamientos y libertinajes, ni en querellas y envidias, antes vestíos del Señor Jesucristo..." Según eso, Adviento significa ponerse en pie, despertar, sacudirse del sueño. ¿Qué quiere decir Pablo? Con términos como "comilonas, borracheras, amancebamientos y querellas" ha expresado claramente lo que entiende por «noche». Las

comilonas nocturnas, con todos sus acompañamientos, son para él la expresión de lo que significa la noche y el sueño del hombre. Esos banquetes se convierten para San Pablo en imagen del mundo pagano en general que, viviendo de espaldas a la verdadera vocación humana, se hunde en lo material, permanece en la oscuridad sin verdad, duerme a pesar del ruido y del ajeteo. La comilona nocturna aparece como imagen de un mundo malogrado. ¿No debemos reconocer con espanto cuan frecuentemente describe Pablo de ese modo nuestro paganizado presente? Despertarse del sueño significa sublevarse contra el conformismo del mundo y de nuestra época, sacudirnos, con valor para la virtud y la fe, sueño que nos invita a desentendernos de nuestra vocación y de nuestras mejores posibilidades. Tal vez las canciones del Adviento, que oímos de nuevo esta semana se tornen señales luminosas para nosotros que nos muestra el camino y nos permiten reconocer que hay una promesa más grande que la del dinero, el poder y el placer. Estar despiertos para Dios y para los demás hombres: he ahí el tipo de vigilancia a la que se refiere el Adviento, la vigilancia que descubre la luz y proporciona más claridad al mundo».

Juan el Bautista y María

«Juan el Bautista y María son los dos grandes prototipos de la existencia propia del Adviento. Por eso, dominan la liturgia de ese período. ¡Fijémonos primero en Juan el Bautista! Está ante nosotros exigiendo y actuando, ejerciendo, pues, ejemplarmente la tarea masculina. Él es el que llama con todo rigor a la *metanoia*, a transformar nuestro modo de pensar. Quien quiera ser cristiano debe “cambiar” continuamente sus pensamientos. Nuestro punto de vista natural es, desde luego, querer afirmarnos siempre a nosotros mismos, pagar con la misma moneda, ponernos siempre en el centro. Quien quiera encontrar a Dios tiene que convertirse interiormente una y otra vez, caminar en la dirección opuesta. Todo ello se ha de extender también a nuestro modo de comprender la vida en su conjunto. Día tras día nos topamos con el mundo de lo visible. Tan violentamente penetra en nosotros a través de carteles, la radio, el tráfico y demás fenómenos de la vida diaria, que somos inducidos a pensar que sólo existe él. Sin embargo, lo invisible es, en verdad, más excelso y posee más valor que todo lo visible. Una sola alma es, según la soberbia expresión de Pascal, más valiosa que el universo visible. Mas para percibirlo de forma viva es preciso convertirse, transformarse interiormente, vencer la ilusión de lo visible y hacerse sensible, afinar el oído y el espíritu para percibir lo invisible. Aceptar esta realidad es más importante que todo lo que, día tras día, se abalanza violentamente sobre nosotros. *Metanóiete* (*¡convertíos!*): dad una nueva dirección a vuestra mente, disponedla para percibir la presencia de Dios en el mundo, cambiad vuestro modo de pensar, considerad que Dios se hará presente en el mundo en vosotros y por vosotros. Ni siquiera Juan el Bautista se eximió del difícil acontecimiento de transformar su pensamiento, del deber de convertirse. ¡Cuán cierto es que éste es también el destino del sacerdote y de cada cristiano que anuncia a Cristo, al que conocemos y no conocemos!».

[Volver Arriba](#)

Santos Padres

San Agustín

El día del juicio

(Mc 13,32).

1. Habéis oído, hermanos, la Escritura que nos exhorta e invita a estar en vela con vistas al último día. Que cada cual piense en el suyo particular, no sea que opinando o juzgando que está lejano el día del fin del mundo, os durmáis respecto al vuestro. Habéis oído lo que dijo a propósito de aquél: que lo desconocen tanto los ángeles como el Hijo y sólo lo conoce el Padre. Esto plantea un problema grande, a saber, que guiados por la carne juzguemos que hay algo que conoce el Padre

y desconoce el Hijo. Con toda certeza, cuando dijo «lo conoce el Padre», lo dijo porque también el Hijo lo conoce, aunque en el Padre. ¿Qué hay en aquel día que no se haya hecho en el Verbo por quien fue hecho el día? «Que nadie, dijo, busque el último día, es decir, el cuándo ha de llegar». Pero estemos todos en vela mediante una vida recta para que nuestro último día particular no nos coja desprevenidos, pues de la forma como cada uno haya dejado su último día, así se encontrará en el último del mundo. Nada que no hayas hecho aquí te ayudará entonces. Serán las propias obras las que eleven u opriman a cada uno.

2. ¿Qué hemos cantado al Señor en el salmo? *Apiádate de mí, Señor, porque me ha pisoteado un hombre.* Llama «hombre» a quien vive según el hombre. Es más, a quienes viven según Dios se les dice: *Dioses sois, y todos hijos del Altísimo.* A los réprobos, en cambio, a los que fueron llamados a ser hijos de Dios y quisieron ser más bien hombres, es decir, vivir a lo humano: *Sin embargo, dijo, vosotros moriréis como hombres y caeréis como cualquiera de los príncipes.* En efecto, el hecho de ser mortal debe ser para el hombre motivo de disciplina, no de jactancia. ¿De qué presume el gusano que va a morir mañana? A vuestra caridad lo digo, hermanos: los mortales soberbios deben enrojecer frente al diablo. Pues él, aunque soberbio, es, sin embargo, inmortal; aunque maligno, es un espíritu. El día del castigo definitivo se le reserva para el final. Con todo, él no sufre la muerte que sufrimos nosotros. Escuchó el hombre: *Moriréis.* Haga buen uso de su pena. ¿Qué quiero decir con eso? No se encamine a la soberbia que le proporcionó la pena; reconózcase mortal y quiebre el ensalzarse. Escuche lo que se le dice: *¿De qué se ensorberbece la tierra y la ceniza?* Si el diablo se ensorberbece, al menos no es tierra ni ceniza. Por eso se ha escrito: *Vosotros moriréis como hombres y caeréis como cualquiera de los príncipes.* No ponéis atención más que al hecho de ser mortales, y sois soberbios como el diablo. Haga, pues, buen uso el hombre de su pena, hermanos; haga buen uso de su mal para progresar en beneficio propio, ¿Quién ignora que es una pena el tener que morir necesariamente y, lo que es peor, sin saber cuándo? La pena es cierta e incierta la hora; y, de las cosas humanas, sólo de esta pena tenemos certeza absoluta.

3. Todo lo demás que poseemos, sea bueno o malo, es incierto. Sólo la muerte es cierta. ¿Qué estoy diciendo? Un niño ha sido concebido: es posible que nazca, es posible que sea abortado. Así de incierto es. Quizá crecerá, quizá no; es posible que llegue a viejo, es posible que no; quizá sea rico, quizá pobre; es posible que alcance honores, es posible que sea despreciado; quizá tendrá hijos, quizá no; es posible que secase y es posible que no. Cualquier otra cosa que puedas nombrar entre los bienes es lo mismo. Mira ahora a los males: es posible que enferme, es posible que no; quizá le pique una serpiente, quizá no; puede ser devorado por una fiera o puede no serlo. Pasa revista a todos los males. Siempre estará presente el «quizá sí, quizá no». En cambio, ¿acaso puedes decir: «Quizá morirá, quizá no»? ¿Por qué los médicos, tras haber examinado la enfermedad y haber visto que es mortal, dicen: «Morirá; no escapará de la muerte»? Ya desde el momento del nacimiento del hombre hay que decir: «No escapará de la muerte». El nacer es comenzar a enfermar; con la muerte llega a su fin la enfermedad, pero se ignora si conduce a otra cosa peor. Había acabado aquel rico con una enfermedad deliciosa y vino a otra tortuosa. Aquel pobre, en cambio, acabó con la enfermedad y llegó a la sanidad. Pero eligió aquí lo que iba a tener después; lo que allí cosechó, aquí lo había sembrado. Por tanto, debemos estar en vela mientras dura nuestra vida y elegir qué hemos de tener en el futuro.

4. No amemos al mundo; él oprime a sus amantes, no los conduce al bien. Hemos de fatigarnos para que no nos aprisione, antes que temer su caída. Suponte que cae el mundo; el cristiano se mantiene en pie, porque no cae Cristo. ¿Por qué, pues, dice el mismo Señor: *Alegraos porque yo he vencido al mundo?* Respondámosle, si os parece bien: «Alégrate tú. Si tú venciste, alégrate tú. ¿Por qué hemos de hacerlo nosotros?». ¿Por qué nos dice «alegraos», sino porque él venció y luchó en favor nuestro? ¿Cuándo luchó? Al tomar al hombre. Deja de lado su nacimiento virginal, su anonadamiento al recibir la forma de siervo y hacerse a semejanza de los hombres siendo en el porte como un hombre; deja de lado esto: ¿dónde está la lucha? ¿Dónde el combate? ¿Dónde la tentación? ¿Dónde la victoria, a la que no precedió lucha? *En el principio existía el Verbo y el Verbo existía junto a Dios y el Verbo era Dios. Este existía al principio junto a Dios. Todo fue hecho por él y sin él nada se*

*hizo. ¿Acaso era capaz el judío de crucificar a este Verbo? ¿Le hubiese insultado el impío? ¿Acaso hubiera sido abofeteado este Verbo? ¿O coronado de espinas? Para sufrir todo esto, el Verbo se hizo carne; y tras haber sufrido estas cosas, venció en la resurrección. Su victoria, por tanto, fue para nosotros, a quienes nos mostró la certeza de la resurrección. Dices, pues, a Dios: *Apíadate de mí, Señor, porque me ha pisoteado un hombre*. No te pisotees a ti mismo y no te vencerá el hombre. Suponte que un hombre poderoso te aterroriza. ¿Con qué? «Te despojo, te condeno, te atormento, te mato». Y tú clamas: *Apíadate de mí, Señor, -porque me ha pisoteado un hombre*. Si dices la verdad, pones la mirada en ti mismo. Si temes las amenazas de un hombre, te pisa estando muerto; y puesto que no temerías, si no fueras hombre, por eso te pisotea. ¿Cuál es el remedio? Adhiérete, ¡oh hombre!, a Dios, por quien fue hecho el hombre; adhiérete a él; presume de él, invócale, sea él tu fuerza. Dice: *En ti, Señor, está mi fuerza*. Y, lejos ya de las amenazas de los hombres, cantarás. ¿Qué? Lo dice el mismo salmo: *Esperaré en el Señor; no temeré lo que me haga el hombre*.*

SAN AGUSTÍN, *Sermones* (2º) (t. X). Sobre los Evangelios Sinópticos, Sermón 97, 1-4, BAC Madrid 1983, 646-

50

[Volver Arriba](#)

Aplicación

Benedicto XVI

I Domingo de Adviento

Queridos hermanos y hermanas:

Con este primer domingo de Adviento entramos en el tiempo de cuatro semanas con que inicia un nuevo año litúrgico y que nos prepara inmediatamente para la fiesta de la Navidad, memoria de la encarnación de Cristo en la historia. Pero el mensaje espiritual de Adviento es más profundo y ya nos proyecta hacia la vuelta gloriosa del Señor, al final de nuestra historia. *Adventus* es palabra latina que podría traducirse por "llegada", "venida", "presencia". En el lenguaje del mundo antiguo era un término técnico que indicaba la llegada de un funcionario, en particular la visita de reyes o emperadores a las provincias, pero también podía utilizarse para la aparición de una divinidad, que salía de su morada oculta y así manifestaba su poder divino: su presencia se celebraba solemnemente en el culto.

Los cristianos, al adoptar el término "Adviento", quisieron expresar la relación especial que los unía a Cristo crucificado y resucitado. Él es el Rey que, al entrar en esta pobre provincia llamada tierra, nos ha hecho el don de su visita y, después de su resurrección y ascensión al cielo, ha querido permanecer siempre con nosotros: percibimos su misteriosa presencia en la asamblea litúrgica.

En efecto, al celebrar la Eucaristía, proclamamos que él no se ha retirado del mundo y no nos ha dejado solos, y, aunque no lo podamos ver y tocar como sucede con las realidades materiales y sensibles, siempre está con nosotros y entre nosotros; más aún, está en nosotros, porque puede atraer a sí y comunicar su vida a todo creyente que le abra el corazón. Por tanto, Adviento significa hacer memoria de la primera venida del Señor en la carne, pensando ya en su vuelta definitiva; y, al mismo tiempo, significa reconocer que Cristo presente en medio de nosotros se hace nuestro compañero de viaje en la vida de la Iglesia, que celebra su misterio.

Esta certeza, queridos hermanos y hermanas, alimentada por la escucha de la Palabra de Dios, debería ayudarnos a ver el mundo de una manera diversa, a interpretar cada uno de los acontecimientos de la vida y de la historia como palabras que Dios nos dirige, como signos de su amor que nos garantizan su cercanía en todas las situaciones; en particular, esta certeza debería prepararnos para acogerlo cuando "de nuevo venga con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin", como repetiremos dentro de poco en el Credo. En esta perspectiva, el Adviento es para todos los cristianos un tiempo de espera y de esperanza, un tiempo privilegiado de escucha y de reflexión, con tal de que se dejen guiar por la liturgia, que invita a salir al encuentro del Señor que viene.

"¡Ven, Señor Jesús!": esta ferviente invocación de la comunidad cristiana de los orígenes debe ser también, queridos amigos, nuestra aspiración constante, la aspiración de la Iglesia de todas las épocas, que anhela y se prepara para el encuentro con su Señor. "¡Ven hoy, Señor!"; iluminanos, danos la paz, ayúdanos a vencer la violencia. ¡Ven, Señor! rezamos precisamente en estas semanas. "Señor, ¡que brille tu rostro y nos salve!": hemos rezado así, hace unos instantes, con las palabras del salmo responsorial. Y el profeta Isaías, en la primera lectura, nos ha revelado que el rostro de nuestro Salvador es el de un padre tierno y misericordioso, que cuida de nosotros en todas las circunstancias, porque somos obra de sus manos: "Tú, Señor, eres nuestro padre, tu nombre de siempre es "Nuestro redentor"" (Is 63,16).

Nuestro Dios es un padre dispuesto a perdonar a los pecadores arrepentidos y a acoger a los que confían en su misericordia (cf. Is 64, 4). Nos habíamos alejado de él a causa del pecado, cayendo bajo el dominio de la muerte, pero él ha tenido piedad de nosotros y por su iniciativa, sin ningún mérito de nuestra parte, decidió salir a nuestro encuentro, enviando a su Hijo único como nuestro Redentor. Ante un misterio de amor tan grande brota espontáneamente nuestro agradecimiento, y nuestra invocación se hace más confiada: "Muéstranos, Señor, hoy, en nuestro tiempo, en todas las partes del mundo, tu misericordia; haz que sintamos tu presencia y danos tu salvación" (cf. Aleluya).

Queridos hermanos y hermanas, en este inicio del Adviento, el mejor mensaje que recibimos de san Lorenzo es el de la santidad. Nos repite que la santidad, es decir, el salir al encuentro de Cristo que viene continuamente a visitarnos, no pasa de moda; más aún, con el paso del tiempo resplandece de modo luminoso y manifiesta la perenne tensión del hombre hacia Dios. Por tanto, que esta celebración jubilar sea para vuestra comunidad parroquial ocasión para renovar vuestra adhesión a Cristo, para profundizar aún más vuestro sentido de pertenencia a su Cuerpo místico, que es la Iglesia, y para vivir un compromiso constante de evangelización a través de la caridad... a fin de que, como el apóstol san Pablo recordaba a los Corintios, también nosotros vivamos de modo que seamos "irreprensibles" en el día del Señor (cf. 1 Co 1, 7-9).

Prepararnos para la venida de Cristo es también la exhortación que nos dirige el evangelio de hoy: "¡Velad!", nos dice Jesús en la breve parábola del dueño de casa que se va de viaje y no se sabe cuándo volverá (cf. Mc 13, 33-37). Velar significa seguir al Señor, elegir lo que Cristo eligió, amar lo que él amó, conformar la propia vida a la suya. Velar implica pasar cada instante de nuestro tiempo en el horizonte de su amor, sin dejarse abatir por las dificultades inevitables y los problemas diarios. Así hizo san Lorenzo y así debemos hacer nosotros.

Pidamos al Señor que nos conceda su gracia, para que el Adviento sea para todos un estímulo a caminar en esta dirección. Que nos guíen y nos acompañen con su intercesión María, la humilde Virgen de Nazaret, elegida por Dios para ser la Madre del Redentor; san Andrés, cuya fiesta celebramos hoy; y san Lorenzo, ejemplo de intrépida fidelidad cristiana hasta el martirio. Amén.

Homilía del Papa Benedicto XVI el domingo 30 de noviembre de 2008 en la Basílica san Lorenzo extramuros en la visita pastoral al conmemorarse el 1750 aniversario del martirio del santo diácono

[Volver Arriba](#)

P. Alfredo Sáenz, S.J.

I Domingo de Adviento

Se inaugura hoy, amados hermanos, el nuevo año litúrgico. Toda nuestra vida cristiana gira en torno al círculo del año, en torno a este año litúrgico que, de círculo en círculo, a modo de espiral, con su ritmo sagrado nos va

preparando para la eternidad. A lo largo de él revivimos con la Iglesia toda la historia de la salvación, principalmente los misterios del Señor, según aquello del Apóstol de que debemos revestir a Jesucristo, renovando en nosotros los misterios de su carne. Ahora en este tiempo de Adviento, en estas cortas cuatro semanas que nos separan de la Navidad, reviviremos la larga espera de Cristo que dio todo su sentido al Antiguo Testamento. Debemos hacer que nuestros espíritus vivan estas cuatro semanas al modo de un compendiado pero intenso Antiguo Testamento. Esperar, pero esperar en serio, que Cristo nazca de nuevo en el corazón. Es nuestra oración de Adviento: Ven, Señor, no tardes. Toda la Iglesia lo anhela con alegría, con una alegría teñida de esperanza, de una esperanza no entrevista desde lejos, como en el Antiguo Testamento, sino ya en plena realización. Alegría suave y profunda, que brota de la confianza. Alegría in crescendo a medida que nos acercamos a la Navidad.

Dos personajes nos van a acompañar de manera peculiar a través de los evangelios de estos domingos: San Juan Bautista y la Santísima Virgen. *El Bautista* tiene por oficio preparar nuestras almas para la Navidad, así como antaño, con su ruda predicación, preparara el camino al Señor que venía. Pero sobre todo nos acompañará la *Virgen María*, que es la personificación misma del Adviento. Ella condensa en sí toda la espera del Antiguo Testamento. Ella, con su belleza y su virginidad, sedujo a Dios de modo tal que en ella el Hijo de Dios encontró abrigo en sus nueve primeros meses de vida terrena. ¿Quién de nosotros ha jamás deseado, esperado y preparado el nacimiento de Jesús como lo deseó, esperó y preparó su Madre? María está especialmente cualificada para introducirnos en el misterio de la Navidad. Entonces "el Señor derramará su benignidad, y nuestra tierra producirá su fruto —nos dice la liturgia—; que los cielos lloren, que las nubes lluevan al Justo, que se abra la tierra, y que germine el Salvador". Admirable conjunción de lo que viene de arriba —lo divino—, y de lo que brota de abajo —lo humano. María es el receptáculo de este encuentro tan admirable. El Espíritu, que es el rocío de Dios, descansó sobre ella, y su seno se hizo divinamente fecundo.

Pero el Adviento no nos prepara sólo para el misterio de la Navidad, que es la manifestación humilde del Señor en el seno de la historia. Nos prepara también para *la Parusía*, que será la manifestación gloriosa del Señor al fin de los tiempos. El año cristiano se abre y se cierra con la perspectiva de la Parusía. Venga tu reino, decimos en el Padrenuestro. No quiere decir que el reino no se haya inaugurado todavía entre nosotros. Con el nacimiento del Hijo de Dios ya ha comenzado a realizarse, ya llegó, en cierto modo, el fin de la historia, ya llegó el tiempo de Dios, la plenitud de los tiempos. Mas el Adviento nos prepara para la última fase de ese reino, la vuelta del Hijo del hombre. Es lo que, en forma de parábola, nos dice el Señor en el evangelio de hoy al hablarnos de aquel hombre que "se va de viaje, y deja su casa al cuidado de los servidores, y asigna a cada uno su tarea". A ese Señor que se fue de la casa de nuestro mundo le hemos dicho, con el profeta Isaías, y le diremos durante todo el Adviento: "¡Vuelve, por amor a tus servidores y a las tribus de tu herencia!", "¡si rasgaras el cielo y descendieras!". Era el clamor de los primeros cristianos: *Maranatha*, Ven Señor Jesús, proclamación de fe y de esperanza en Jesús resucitado junto con el deseo de que el Señor se mostrase públicamente como Rey de la Iglesia, de las naciones y del universo, como juez que da la victoria a los buenos y provoca el derrumbe de los malos. La Iglesia espera este acontecimiento con impaciencia, espera anhelosamente el Adviento final, la redención consumada, el retorno en gloria, el día del Señor, el fin del exilio y la entrada definitiva en la eternidad, La Iglesia-esposa nunca deja de suspirar por sus bodas eternas, nunca se cansa de anhelar su encuentro definitivo con el Esposo, tal como lo deja transparentar en los textos de la liturgia del Adviento: no tardes, ya se acerca, ya está allí.

Toda nuestra vida, amados hermanos, es un largo adviento, una época que exige una actitud específica, una actitud de *firmeza*. Lo dice San Pablo en la epístola que hoy hemos escuchado: "Vosotros habéis sido colmados en él con toda clase de riquezas... Por eso, mientras esperáis la revelación de nuestro Señor Jesucristo, no os falta ningún don de la gracia. Él os mantendrá firmes hasta el fin para que seáis irreprochables en el día de la venida de nuestro Señor Jesucristo". Tal debe ser nuestra actitud en esta vida: permanecer varonilmente firmes en la fe, firmes en el Señor, como exhorta el Apóstol en otro lugar, y como lo dijo el mismo Jesús en la Última

Cena: "permaneced en mí", "permaneced en mi amor". Estar firmes, permanecer, no dejarse llevar por el oleaje de las falsas ideologías y los errores del tiempo, no sucumbir a la tentación de la inmanencia, al mito del progreso indefinido y del paraíso en la tierra, no perder nunca de vista la patria definitiva, los ojos fijos en la eternidad, en actitud de "escatología militante".

Un ingrediente de la firmeza deberá ser la vigilancia, según nos lo recomienda el Señor en el evangelio de hoy: "Tened cuidado y estad prevenidos". Vigilar para que no pase inadvertido el instante de Dios. Vigilancia que debe unirse con la *sobriedad*: ser sobrio es usar y no abusar de las cosas de este mundo, no echar raíces demasiado querenciosas en esta tierra, porque la figura de este mundo desaparece. "De tal modo pasemos por los bienes temporales que no perdamos los eternos", nos exhorta la liturgia. Los hombres de hoy no quieren oír hablar de un fin de la historia más allá de la historia. Si a veces hablan del "fin de la historia" es dentro de la historia. El mundo moderno intenta afirmarse contra el fin de su tiempo. Frente a esta actitud autónoma y cerrada de nuestra época el Señor nos pide firmeza, vigilancia y sobriedad. Estamos aquí de paso. En espera, no angustiada, sino serena y confiada.

Que este tiempo de Adviento nos prepare, pues, para la doble venida del Señor, para aquella que ya sucedió en Belén pero que debe renovarse en nuestros corazones, y para aquella otra que esperamos con ansias para el fin de los tiempos. Aunque siempre debamos irnos preparando para la venida del Señor, conviene que al principio del año litúrgico el Adviento haga nuestra preparación más apremiante.

Ven, Señor Jesús, ven a nuestros corazones, re-naciendo en la fiesta de Navidad, ven al fin de los tiempos, clausurando la historia del mundo. Pero ven también ahora *en la Eucaristía*, en este sacramento que, según tu encargo, debemos celebrar "hasta que vuelvas" Cuando entres, Señor, en nuestras almas, deposita en ellas la semilla de la esperanza. Haz que no tomemos carta de ciudadanía en este mundo transeúnte. No permitas que jamás nos declaremos del todo satisfechos antes del abrazo definitivo de tu encuentro.

Comunicanos, Señor, algo de ese espíritu de acogimiento que caracterizó a tu Santísima Madre de modo que estas cuatro semanas de Adviento se parezcan un poco a los nueve meses de su espera maternal. Adelanta, Señor, en esta cita eucarística, tu visita navideña, y que constituya a la vez un preanuncio de tu Parusía final. Así sea.,

ALFREDO SÁENZ, S.J., Palabra y Vida - Homilias Dominicales y festivas ciclo B, Ed. Gladius, 1993, pp. 7-10.

[Volver Arriba](#)

P. Gustavo Pascual, I.V.E.

Velad

Mc 13, 33-37

¡Bendito el que espera en el Señor! El que tiene esperanza en Dios es bendecido y deja que Dios obre en

él su justificación. La esperanza cristiana nos hace abandonarnos confiadamente en las manos del Alfarero para que obre en nosotros, *arcilla entre sus manos*, la obra magnífica de nuestra santidad.

Al que espera en el Señor, el Señor lo protegerá y le hará caminar seguro por el camino que conduce a la Vida porque la fidelidad del Señor es infinita.

¿Cuál es la clave de la esperanza? Es el amor al objeto que esperamos. Nadie espera lo que no ama, por el contrario, teme que venga lo que no ama. Si amamos a Jesús tenemos que esperarlo y con gran deseo. Los antiguos cristianos tenían un saludo: *Maranathá*, que significa ¡ven Señor Jesús!, manifestando con él, el gran deseo de encontrarse con Jesús.

¿Por qué tememos el encuentro con Jesús? La Segunda Venida se ha trocado, por una mala exégesis, en miedo, cuando debería ser deseo, anhelo. De hecho lo pedimos cada día en la oración dominical "venga a nosotros tu Reino". Todos deseamos consciente o inconscientemente el encuentro con Jesús porque El es nuestra paz, porque es la felicidad que esperamos, porque es el cielo al cual aspiramos. ¿Quién no desea encontrarse con Jesús definitivamente? Sólo el que no lo ama. Los cristianos queremos encontrarnos definitivamente con Jesús, ¿por qué tememos? Si tememos es porque no lo amamos absolutamente o porque no lo amamos ahora porque nuestra mala conciencia lo impide a causa de nuestros pecados. Ningún buen cristiano debería temer el encuentro con Jesús, por el contrario, debería consumirse por estar con Él.

La parábola del Evangelio nos invita a estar esperando constantemente al que amamos. ¿Y cómo demostramos que lo esperamos? Siendo fieles a la tarea que nos ha encomendado. En esta vida no tenemos una unión plena y permanente con Jesús y por eso esperamos tenerla. Es como si Jesús se hubiera ido de viaje. Se ha ido pero volverá, ciertamente volverá, para encontrarse definitivamente con sus fieles servidores.

¿Qué tenemos que hacer? Ser fieles a nuestra vocación particular. Estar vigilantes haciendo aquello que nos ha encomendado Jesús, o más bien siguiendo la palabra de Isaías: dejando que Jesús haga su obra en nosotros, siendo fieles a su voluntad. Esa fidelidad se manifiesta en todo lugar y en todo tiempo y a lo largo del tiempo, día y noche, día tras día.

Tenemos que evitar el sueño. El sueño del mundo, el sueño de nuestra carne, el sueño del demonio y en definitiva el sueño del pecado ¿Quiénes no esperan? Los infieles. Los que abandonan la tarea encomendada por Jesús. Los que dejan de hacer lo que tienen que hacer según el querer de Dios.

El Evangelio nos exhorta a la vigilancia. No sabemos el día ni la hora en que vendrá el Señor. Quizá nuestro encuentro sea en la Parusía, quizá nuestro encuentro sea el día de nuestra muerte. Hay que estar preparados siempre. ¿Cómo? Siendo fieles.

El que es infiel aunque sea por un momento es porque está falto de amor. Nadie que ama verdaderamente quiere fallarle al amado. Si amamos a Jesús evitemos dormirnos en el pecado. Seamos fieles siempre. Dejemos que obre en nosotros. La fidelidad, que es consecuencia del amor, es un acto de libertad. Quiero estar vigilante siempre esperando a Jesús porque lo amo con todo mí ser.

Esperar el encuentro definitivo con Jesús... Pero, a veces, esa espera que se dilata se aleja de mí indefinidamente. Ese encuentro me parece algo muy alto y lejano. Acerquemos ese encuentro en el encuentro cotidiano. Cada día, a cada hora, en cada actividad, puedo y debo anticipar ese encuentro definitivo. La fidelidad presente es prenda del encuentro definitivo con Jesús. Mi deber de estado, aquí y ahora, me une a Jesús en la espera de la unión definitiva. Cada momento de mi vida, en el cual mi voluntad se une a la de Jesús, es un punto temporal que me prepara para la eternidad. Mi fidelidad de hoy es ya el encuentro definitivo con Jesús. No hay porque interrumpirlo.

La oración me mantendrá en la fidelidad. Porque la oración ayuda al crecimiento de la fe y la fe me une más a Dios y acrecienta mi deseo de comunicarme con El por la oración. Pero la oración, que es la unión con Dios, se da también cuando hago lo que Dios quiere, cuando me uno a su voluntad, por eso el trabajo debe ser oración y la oración no se debe interrumpir en el trabajo.

El ideal del cielo se acerca a cada uno de nosotros en la fidelidad a la voluntad de Dios cada día, cada hora, cada momento. Pero... ¡se hace larga la espera! Piensa que ahora mientras lees esta homilía estás unido a Jesús y ya estás viviendo lo que esperas.

Cuando tus enemigos te tienten con el sueño, cuando te sugieran *que El que se fue no volverá* o al menos no volverá mientras duermes, diles que amas a Jesús y lo esperas con ansías y ponte a hacer lo que quiere Jesús de ti y así unido al que amas anticiparás lo que esperas y esperarás con mayor deseo la unión definitiva que nadie ni nada podrá destruir.

[Volver Arriba](#)

Instituto del Verbo Encarnado
Provincia Nuestra Señora de Luján, Argentina
E- mail: homiletica@iveargentina.org
homiletica.ive@gmail.com
Sitio Web: www.iveargentina.org

^[1] El aviso sobre la vigilancia está expreso en san Marcos y en san Mateo. En san Lucas está más general: ya recomendó la vigilancia en 12, 33-40. 178 paralelo de Mt 24, 43-44.